



Meditación para tiempos difíciles (1976)

Eduardo Pironio

«Cuando comience a suceder esto, tened ánimo y levantad vuestras cabezas porque va a llegar la liberación» (Lc 21,28).

«Os digo esto para que encontréis la paz en mí. En el mundo tendréis que sufrir; pero tened ánimo; yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

Cuando pasan ciertas cosas, en la Iglesia y en el mundo, es lógico que nos preocupemos y suframos. Al menos nosotros no las habíamos vivido así tan agudamente y nos parece absurdo que sucedan después de veinte siglos de cristianismo. Parece incluso como si la misma vida de los cristianos fuera perdiendo su eficacia evangélica y dejara de ser «sal de la tierra y luz del mundo» (Mt 5,13-16).

Los hombres se matan entre hermanos. Abundan los secuestros y las muertes, los odios, la persecución y la violencia. Todo esto engendra miedo y desconfianza, angustia, tristeza y pesimismo. ¿Por qué suceden estas cosas? ¿No habrá alguien que pueda arrancarnos de la tentación de la violencia y de la paralizante sensación de miedo?

En el interior mismo de la Iglesia –prototipo hasta ahora de lo sagrado e intangible, de lo único verdaderamente sólido y estable– se introduce la contestación y la crítica, la desunión entre los cristianos, el riesgo del secularismo y la politización del Evangelio, la desorientación de muchos, la pérdida de la propia identidad en la vida consagrada, el peligro de quebrar la unidad en la doctrina y la disciplina. y todo a nombre de Jesucristo y por fidelidad a su Evangelio!

Mientras otros, con lamentable superficialidad, acusan a la Iglesia de haberse desviado de su esencial misión evangelizadora. Sin comprender que la Iglesia, en la línea de Cristo, el enviado del Padre, ha sido consagrada por el Espíritu para anunciar la Buena Nueva a los pobres, la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos (Lc 4,18). La Iglesia debe anunciar explícitamente a Jesucristo el Salvador y la llegada de su Reino, llamar a los hombres a la conversión y la fe, transformar al hombre y la humanidad entera (EN 18). Pero la evangelización «no sería completa si no se tuviese en cuenta la íntima conexión entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social, del hombre» (*ib.*, 29).

Indudablemente vivimos tiempos difíciles. Es inútil lamentarlo. Más inútil todavía, y más desastroso, querer ignorarlo como si todo marchara bien, o dejarse definitivamente aplastar como si nada pudiera superarse.

Cuando en el interior de todo esto –lo sabemos infaliblemente por la fe– está Dios conduciendo la historia, está Cristo presidiendo su Iglesia, está el Espíritu Santo engendrando en el dolor los tiempos nuevos para la creación definitiva. Aunque cueste creerlo, es irreversiblemente cierto –tanto en lo personal como en la vida de nuestras comunidades– que «el que vive en Cristo es una nueva criatura: lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente, y todo esto procede de Dios, que nos reconcilió con Él por intermedio de Cristo» (2 Co 5,17-18).

Por eso hace falta meditar otra vez sobre la esperanza. Pero muy sencillamente. Sin hacer ahora un análisis demasiado técnico de la Palabra de Dios, ni pretender estudiar a fondo –histórica y sociológicamente– la raíz de los males. Esto lo harán otros con mayor competencia; es necesario que lo hagan.

Yo quiero simplemente ofrecer algunas reflexiones, partiendo del dolor actual, a la luz de la Palabra de Dios. Es decir, empezar una meditación sencilla que ayude, por una parte, a asumir la realidad



actual, dolorosa y lacerante, y, por otra, a descubrir aquí la providencia del Padre, el paso del Señor por la historia y la actividad incesantemente recreadora del Espíritu Santo.

(...)

En definitiva es esto: ver cómo los tiempos difíciles pertenecen al designio del Padre y son esencialmente tiempos de gracia y salvación.

(...)

¡Qué necesario, para los tiempos difíciles, es tener seguridad de que Jesús es el Señor de la historia que permanece en su Iglesia hasta el final y que va haciendo con nosotros la ruta hacia el Padre! ¡Qué importante es recordar que precisamente para los tiempos difíciles Dios ha comprometido su presencia! «Id, anunciad el Evangelio a toda la creación. Yo estaré siempre con vosotros hasta el final del mundo» (Mc 16,15; Mt 28,20). «Seréis odiados por todos a causa de mi Nombre. Pero ni siquiera un cabello se os caerá de la cabeza» (Lc 21,12-18).

(...)

El Señor siempre anunció tiempos difíciles: para Él y para nosotros. Nunca predijo a sus discípulos tiempos fáciles o cómodos. Al contrario, les exigió una opción muy clara por la pobreza, el amor fraterno y la cruz. «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame» (Lc 9,25). Al escribir que se sintió superficialmente tentado a seguirle, Jesús le respondió: «Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde apoyar la cabeza» (Mt 8,19.20).

Jesús es «signo de contradicción» (Lc 2,34). El cristiano sigue su camino: «no es más el siervo que su amo, ni el enviado más que el que lo envía» (Jn 13,10). Por eso, la pasión del Señor tenemos necesariamente que vivirla todos nosotros y asumir con serenidad y gozo las exigencias de nuestra entrega: «Si el mundo os odia, sabed que antes me ha odiado a mí... Acordaos de lo que os dije: el servidor no es más grande que su Señor. Si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros» (Jn 15,18-20).

Todo esto, sin embargo, queda iluminado con una sola nota de esperanza realista: «Os aseguro que vais a llorar y a lamentaros; el mundo, en cambio, se alegrará. Vosotros estaréis tristes, pero esa tristeza se convertirá en gozo» (Jn 16,20).

Siempre fue útil y necesario que hubiera hombres pobres y fuertes –con capacidad de presentir en la noche la proximidad de la aurora, porque viven abiertos a la comunicación de la Luz– que transmitieran a sus hermanos la seguridad de la presencia del Señor y de su inmediata venida: «Yo estaré siempre con vosotros hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). «Sí, voy a llegar en seguida» (Ap 22,20).

Pero hoy hacen falta más que nunca profetas de esperanza. Verdaderos profetas –hombres enteramente poseídos por el Espíritu Santo– de una esperanza verdadera. Es decir, hombres desinstalados y contemplativos que saben vivir en la pobreza, la fortaleza y el amor del Espíritu Santo, y que por eso se convierten en serenos y ardientes testigos de la Pascua. Que nos hablan abiertamente del Padre, nos muestran a Jesús y nos comunican el don de su Espíritu. Hombres que saben saborear la cruz como san Pablo (Ga 6,14; Col 1,24), y por eso se arriesgan a predicar a sus hermanos que la única fuerza y sabiduría de Dios está en Cristo crucificado (1 Co 1,23-24). La sabiduría y potencia de los hombres no cuentan: sólo cuenta la fecundidad de la cruz. Todo lo demás es necedad y fracaso en lo definitivo de Dios. Cristo se ha hecho para nosotros «sabiduría y justicia, santificación y redención» (1 Co 1,30).



Cuando todo parece que se quiebra –en el interior de la Iglesia o en el corazón de la historia–, surgen para el mundo la alegría y la esperanza. La esperanza cristiana nace de lo inevitable y providencialmente absurdo de la cruz. «Era necesario pasar todas estas cosas para entrar en la gloria» (Lc 24,26).

Pero la esperanza cristiana es activa y exige paciencia y fortaleza. Sólo los pobres –los desposeídos y desnudos, los desprovistos según el mundo, pero totalmente asegurados en el Dios que no falla– pueden esperar de veras.

Los tiempos nuestros, en la Iglesia y en el mundo, son muy difíciles. Por eso mismo son bien evangélicos. Significa «que el reino de Dios está cerca» (Lc 21,31). Es ahora cuando el cristiano verdadero está llamado «a dar razón de su esperanza» (1 P 3,15); es decir, a penetrar por la fe y el Espíritu Santo en el escándalo de la cruz y sacar de ahí la certeza incommovible de la Pascua para comunicarla a otros.

En los tiempos difíciles abunda el miedo, la tristeza, el desaliento. Entonces se multiplica la violencia. La violencia es signo del oscurecimiento de la verdad, del olvido de la justicia, de la pérdida del amor. Los períodos en que se multiplica la violencia son los más miserables y estériles. Revelan claramente que falta la fuerza del espíritu; por eso se la intenta sustituir con la imposición absurda de la fuerza.

Hoy vivimos tiempos de desencuentro y de violencia. Tiempos, sobre todo, en que cada uno se siente con derecho a hacer justicia por su propia cuenta, porque cree que es el único que posee la verdad absoluta, que es enteramente fiel al Evangelio y el único que lucha por los derechos humanos.

Precisamente es éste, en los tiempos difíciles, uno de los más graves riesgos; creer que uno ha alcanzado ya definitivamente a Cristo. Lo cual es una negación de la esperanza, en la psicología y espiritualidad de san Pablo: «Esto no quiere decir que haya alcanzado la meta ni logrado la perfección, pero sigo mi camino con la esperanza de alcanzarla, habiendo sido yo mismo alcanzado por Jesucristo. Hermanos, yo no pretendo haberlo alcanzado... corro para alcanzarlo» (Flp 3,12-14).

Otra dificultad sería, para los tiempos difíciles, es la conciencia derrotista de que es imposible superarlos. Es la pérdida fundamental de la esperanza. La tiene el político y el religioso, el hombre maduro y el adolescente, el joven obrero y el universitario. Santo Tomás define el objeto de la esperanza como un bien futuro, arduo, pero posible de alcanzar (Sto Tomás, *S. Th.*, 1a.-2ae., 40, 1; 2a.-2ae., 17, 1).

Por eso hoy es más necesaria que nunca una simple meditación sobre la esperanza. No con ánimo de consolar a los superficiales o adormecer su conciencia, sino con deseos de alentar a los audaces, particularmente a los jóvenes. Es a ellos, sobre todo, a quienes corresponde rescatar la tradición y construir el mundo nuevo en la esperanza. «Jóvenes, os escribo porque sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros, y vosotros vencisteis al maligno» (1 Jn 2,14).

Los tiempos difíciles exigen fortaleza. En dos sentidos: como firmeza, constancia, perseverancia, y como compromiso activo, audaz y creador. Para cambiar el mundo con el espíritu de las bienaventuranzas, para construirlo en la paz, hace falta la fortaleza del Espíritu. «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos» (Hch 1,8). La primera condición para un testigo de la Pascua –es decir, de la esperanza– es la contemplación (haber visto y oído, haber palpado la Palabra de la Vida, 1 Jn 1,1-5); la segunda es la cruz (ser hondamente incorporado a la muerte y resurrección del Señor, Rm 6,3-6); la tercera es la fortaleza (la capacidad para ir prontos y alegres al martirio).

En los tiempos difíciles hay una fácil tentación contra la esperanza: ponerse inutilmente a pensar en los tiempos idos o soñar pasivamente en que pase pronto la tormenta, sin que nosotros hagamos nada



para crear los tiempos nuevos. La esperanza es una virtud esencialmente creadora; por eso cesará cuando, al final, todo esté hecho y acabado. El cielo será el reposo conseguido por la búsqueda de la fe, la constancia de la esperanza y la actividad del amor (1 Ts 1,3). La felicidad eterna será eso: saborear en Dios para siempre la posesión de un Bien intuido por la fe, perseguido en la esperanza y alcanzado por el amor.

Pero la fortaleza no es poderío ni agresividad. Hay pueblos que no tienen nada, que esperan todo, y son inmensamente felices. Porque son providencialmente fuertes en el espíritu. Poseen a Dios y gustan en el silencio de la cruz su adorable presencia.

Para ser hombre de paz hay que ser fuerte: sólo los que poseen la fortaleza del Espíritu pueden convertirse en operadores de la paz (Mt 5,5).

La fortaleza es necesaria para asumir la cruz con alegría, como el gran don del Padre, que prepara la fecundidad para los tiempos nuevos. Hay un modo de vivir la cruz con amargura, resentimiento o tristeza. Entonces la cruz nos despedaza. Pero la cruz es inevitable en nuestra vida y para los cristianos es condición esencial del seguimiento de Jesús. No fuimos hechos para la cruz, pero es necesario pasarla para poder entrar en la gloria (Lc 24,26). Hay almas privilegiadas que sufren mucho; más todavía, su gran privilegio es la cruz. Los amigos, como en el caso de Job, quisieran evitársela. También Pedro, cuando no entiende el anuncio de la pasión (Mt 16,22). O como en la crucifixión del Señor, los judíos quisieron verlo descender de la cruz para creer en Él (Mt 27,42). Hoy más que nunca vale creer a un hombre que nos habla desde la cruz un lenguaje de alegría y de esperanza. Porque su testimonio nace de una profunda experiencia de Dios.

Un pueblo que sufre puede caer en la resignación pasiva y fatalista o en la agresividad de la violencia. Hay que armarlo entonces con la fortaleza del Espíritu para hacerlo entrar por el camino de la esperanza. Aunque parezca que la tierra prometida está muy lejos y que la esperanza de los Profetas –que anuncia castigos y exige conversión– sea una ilusión inútil. ¿Cómo puede hablarse de esperanza cuando tantos niños mueren cotidianamente de hambre, cuando tantos pueblos padecen miseria y opresión? ¿Cómo puede hablarse de esperanza cuando se multiplican las injusticias, las acusaciones falsas, los secuestros, las prisiones y las muertes? ¿Cómo puede hablarse de esperanza cuando la Iglesia es herida adentro y cuestionada la persona y autoridad del Papa y los obispos?

Sin embargo, es entonces cuando los cristianos verdaderos tocan la esencia de su fidelidad a la Palabra, creen de veras en el Dios que nunca falla y arrancan del corazón de la cruz la esperanza que necesitan comunicar a sus hermanos. Los hombres tienen derecho a que nosotros esperemos contra toda esperanza, seamos constructores positivos de la paz, comunicadores de alegría y verdaderos profetas de esperanza.”